

BALLARD *RELOADED*

Beatriz García Guirado y Andreu Navarra

Ballard *Reloaded*



H&O

Primera edición: febrero de 2023

© De los textos: Beatriz García Guirado y Andreu Navarra, 2023

© De esta edición:

H&O Editores

C/ Milà Fontanals, 19, 2º s

08012 Barcelona

Fotografía de la faja: Getty

Fotografía de la contra: Alamy

Fotografías del interior: Alamy (p. 11, p. 36 p. 54 y p. 165) y Getty (p. 75).

Diseño de colección: Silvio García Aguirre

Diseño y maquetación del interior: Carolina Hernández Terrazas

Corrección: Elena Lobato Vigo

Impresión: Pagès

ISBN: 978-84-126262-3-0

Depósito legal: B 2147-2023

Todos los derechos reservados. Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, y el alquiler o préstamo público sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, salvo las excepciones previstas por la ley.

Se han intentado hacer wésterns sin tiros,
pero se convierten en historias de perros y leñadores.

«¿Por dónde se va al espacio interior?»

J. G. BALLARD

—Algunas personas están locas. Sally, nosotros estamos bien.

—Nadie está bien.

Milenio negro

J. G. BALLARD

Ya no tenía sueños, los sueños lo tenían a él.

El mundo sumergido

J. G. BALLARD

ZONA CERO

Hoy, 25 de octubre de 2022, el Ayuntamiento de Alicante anuncia un dispositivo policial digno de la visita de un papa alrededor del cementerio para el Día de Todos los Santos. «La Policía local acudirá con su Unidad de Medios Aéreos y un dron, y en total más de 438 agentes de la Policía local participarán del viernes 28 al martes 1 de noviembre en varios turnos para controlar y habilitar los accesos», dice la nota. También habrá una brigada de ciclistas y cuarenta voluntarios, y se habilitará una carpa de hospital. A B le vuela la cabeza, le parece surrealista este despliegue en un lugar al que se va a ver a los muertos, y los muertos, dice su madre, dan bastante menos miedo que los vivos.

Hace unos días, cuando buscaba billete para visitar la tumba de Mary, había leído que el viejo portón del cementerio de los británicos se abría únicamente el 1 de noviembre o bajo petición expresa, aunque nadie suele visitar el lugar a excepción de algún historiador curioso o el familiar de un jubilado británico cuyo cuerpo no fue expatriado por motivos económicos o como última voluntad del finado. Ni tan siquiera el consulado se ocupa de él, al menos según la prensa. El espacio de seis por trece metros es casi un apéndice protestante —o mejor sería llamarlo *obstáculo*— del gran cementerio católico

de Nuestra Señora del Remedio. Unos años atrás quisieron trasladarlo porque entorpecía el paso del autobús y los familiares de los *inquilinos* al norte del camposanto tenían que ir andando a verlos. Pero exhumar unos cuerpos es un follón, así que decidieron ignorarlo y de uvas a peras algún funcionario municipal le hace un apaño. Al otro lado del muro hay lápidas decoradas con flores —muchas de plástico, pero flores al fin y al cabo— y fotografías enmarcadas de quienes pasan la eternidad allá abajo. En el cementerio británico, sin embargo, la muerte parece algo *ilícito* y las tumbas están «amartilladas a un suelo áspero blanqueado por el sol, apartado de todo —especialmente del mundo ahí afuera». Así lo describió J. G. Ballard en algún punto de los años 90, cuando escribía una obra menor, *Noches de cocaína*.

B se imaginó metiendo la mano a través del viejo portón —un sobrante de la rehabilitación del cementerio en los años 50— y señalando en dirección a las pocas lápidas tristes entre los matorrales. «Aquí —pensó B que diría—, aquí acabó y empezó todo». Entonces habría de explicarle al Otro B que habían viajado a Alicante para visitar la zona cero de un cataclismo personal, probablemente el más importante en la vida de Ballard: la muerte de su esposa. Le hablaría de cierto septiembre de 1964 en que los Ballard y sus tres hijos disfrutaron del verano bañándose en la playa de San Juan, donde habían alquilado un apartamento, y de cómo se rieron cuando Jim se cayó del patinete acuático, de los restaurantes playeros donde comieron o los *pubs* que visitaron, de los turistas también británicos con los que coincidieron y de todos los viajes que pensaban hacer juntos. Y luego le hablaría de la repentina muerte de Mary, que cayó como un obús en mitad de la felicidad de una familia cualquiera. Muchos años más tarde, cuando Jim, enfermo de cáncer, trabajaba en sus memorias, *Milagros de vida*, reconocería haber

sentido que la naturaleza había cometido un crimen horrible contra Mary y sus tres hijos, y se obsesionó con una pregunta que pasaría décadas intentando responder: ¿por qué?



28 de marzo de 1965. Ballard con sus tres hijos:
James, Fay y Bea.

Así lo contó: «Mi dirección como escritor cambió tras la muerte de Mary y muchos lectores pensaron que me había vuelto más oscuro. Pero me gusta pensar que me había vuelto más radical, en un intento desesperado por probar que el negro era blanco y que dos más dos podían ser cinco en la moral aritmética de los 60. Intentaba construir una lógica imaginativa que diera sentido a la muerte de Mary y que probase que el asesinato de Kennedy y las incontables muertes de la Segunda Guerra Mundial podían ser significativas en un sentido aún no descubierto. Entonces, quizás, los fantasmas del interior de mi cabeza, el viejo mendigo bajo la nieve, el chino estrangulado

en la estación de trenes, Kennedy y mi joven mujer, podrían descansar».

Incapaz de hablar del dolor y la pérdida —en casa jamás se mencionaba a Mary, cosa que según una de sus hijas, Fay, fue doblemente traumático—, Jim se sumergió en el Jack Daniel's y la escritura. Había nacido *La exhibición de atrocidades*, su mejor novela según su amigo el escritor Michael Moorcock, la que marcaría un punto de inflexión en su carrera literaria para convertirlo en uno de los visionarios más oscuros e incómodos del siglo xx. Alguien peligroso y, por tanto, necesariamente *olvidado*. Muerte y sexo, muerte y máquina, muerte y alienación social, muerte y los peores vicios de la clase media del siglo xx. Cicatrices sobre las que se arma la literatura. Duelos. Visiones del futuro.

Y sin embargo, ¿sabía Ballard realmente dónde le iba a llevar ese «por qué»? El escritor Iain Sinclair, otro amigo de Jim G., escribió en *Landor's Tower*: «Una cosa que había aprendido, la última persona a la que debes pedir una solución es el autor. Si supiera a dónde va, se pararía en seco».

Ballard Reloaded no es una biografía de J. G. Ballard, ni tampoco un estudio académico de sus obras, sino un *collage* de atrocidades. La construcción imposible de una lógica imaginativa que lo resignifique a través de paisajes ballardianos, retazos biográficos, depravaciones que beben de la misma herida neurótica y surrealista, acontecimientos históricos enmarañados y mucha bilis... y admiración. Es decir, amor. Y terror. Porque no hay nada más ballardiano que el hoy, y eso asusta, hasta el punto de que el presente-futuro adquiere un nuevo nombre profético: ya no Nostradamus, sino Ballardamus. Es el hoy del simulacro perpetuo, de la posverdad, los paisajes naturales y urbanos distópicos, la neurosis colectiva que ha salido de las cabezas para poblar la realidad y la realidad virtual. Un mundo del que nos

da miedo desaparecer pero tenemos ganas de hacerlo. Si J. G. Ballard hubiese sido hijo del siglo XXI, no habría escrito, se hubiera limitado a mirar desde su ventana como hizo durante sus últimos años. O escribiría el guion de una película que fuese como un videoclip, un anuncio de televisión terrible o un *zapping* para los nuevos lectores-espectadores-internautas cuyo límite de atención tiene la extensión de un tuit.

B dijo: «La zona cero del universo ballardiano tiene un diámetro de alrededor de 10.200 kilómetros de longitud, los que separan Shanghái, y sus años en el campo de prisioneros, de Alicante».

El Otro B releyó en voz alta un fragmento de *Noches de cocaína*: «Los funerales celebran el cruce de otra frontera, en muchos sentidos la más formal y prolongada de todas».

Estaban cenando chino los dos B. Uno quería marcharse a Alicante, pese al precio del billete, prohibitivo para un profesor en paro; el otro solo quería leer.

Hay demasiadas fronteras. Ballard las rebasó todas. Por eso nadie se acuerda de él. Si lo recordasen sabrían que no hay ninguna. Entonces, todos seríamos peligrosos. Seríamos J. G. Ballard.

P. D.: En el cementerio británico del cementerio de Alicante no hay enterrados ingleses víctimas de accidentes de yate, como alguna vez dijo J. G. B. Solo jubilados que no pudieron ser expatriados y también antiguos comerciantes y esposas de comerciantes ingleses cuyos nombres en las lápidas están borrosos y cuyos restos fueron trasladados desde San Blas junto a un puñado de tierra traído del Reino Unido. Antes de la existencia de cementerios británicos, a los no católicos, si morían en España, se los dejaba en el campo para que se los comieran las bestias.

Mary Ballard falleció en Alicante. España es la zona cero de un cataclismo que creó una nueva forma de entender la literatura y el mundo.

CAOS

B despierta desnudo en el interior de un cilindro entre opaco y brillante. La circunferencia de la base es de unos cincuenta metros, pero no puede apreciarlo bien porque está sobrepoblado de cuerpos desnudos que, como el suyo, solo piensan en escapar. Alguno de los cautivos intenta trepar por las paredes del cilindro, pero es imposible escalar dieciséis metros de altura totalmente lisos. El ambiente está cargado y B siente mucha vergüenza, por estar allí y por no poder impedir que la luz tenue y amarilla le ilumine el cuerpo. El cuerpo de B está cubierto de pelo y lunares. No resulta agradable. Con la angustia de la búsqueda, ningún cuerpo parece agradable dentro del cilindro.

*

Involucionando. *Rascacielos* fue publicada en 1975. Es una novela paradigmática dentro de la obra ballardiana: la crónica de un orden social que se desploma. Es un tema habitual y cíclico en su obra. También los personajes encerrados en el complejo empresarial Edén-Olimpia de *Super-Cannes* sienten una extraña euforia cuando empiezan a cometer pequeños hurtos. En este caso, lo que tenemos es una sociedad paralela embutida

en una comunidad de vecinos autosuficiente. El rascacielos es un símbolo metafísico, un desafío a la Naturaleza, que tiene mucho que ver con la Torre de Babel. El joven protagonista, Laing, carece de rostro y también de carácter. Deambula por su nueva residencia asistiendo a fiestas y disturbios con la mente cada vez más fatigada. El insomnio y el ansia de destruir se van apoderando poco a poco de este reino vertical de hormigón que respira por sí mismo y se comporta como una placenta insalubre. Un perro muerto aparece en una piscina y ese espacio amniótico queda cancelado para los residentes. Ya en el capítulo inicial, un apagón de quince minutos desata el salvajismo por los pasillos y se producen disturbios y agresiones sexuales. Donde la luz desaparece, el ser humano muestra su cara verdadera. El rascacielos actúa como una caverna paradójica: descrito varias veces como un «despeñadero», lo que provoca su enorme masa vertical es un efecto idealista berkeleyano, en el que nadie parece poder o querer escapar del interior de la propia mente: «Había puesto toda la atención en los acontecimientos desarrollados en el rascacielos, como si aquel enorme edificio existiera solo en su mente y fuera a desaparecer si dejaba de pensar en él». Allí adonde va, el protagonista se lleva con él el rascacielos: «Laing echó un vistazo atrás, hacia el rascacielos, consciente de que también dejaba atrás parte de su razón». O: «La amputación regular de miembros, tórax, cabeza y abdomen por parte de los estudiantes, que reducirían los cadáveres a un amasijo de huesos y una etiqueta de la morgue, era también un reflejo del deterioro del mundo que rodeaba al rascacielos».

La degradación ambiental, la inhumanidad del no lugar es lo que provoca que los vecinos se crean con derecho a destrozar los coches de los demás o que cualquier ruido o vibración amplifique el nerviosismo hasta la explosión histérica. Es el

mismo tema que encontramos explorado en *Super-Cannes*: una élite enclaustrada voluntariamente en un no lugar cargado de espectros psíquicos y virtualidades que minan su salud mental.

*

A Ballard no le interesan las revoluciones obreras (ya las pudo ver de niño, en marcha, en China, y le parecieron sucias, vengativas y brutales), sino las rebeliones infantiles de las clases medias y altas que se aburren mucho y reproducen, en sus experimentos sociales, las jerarquías abandonadas: «Esa rivalidad entre los propietarios de los perros y los padres de los niños había polarizado el edificio en cierto modo. El conjunto de apartamentos intermedios que había entre los pisos superiores e inferiores —se podría decir que del piso 10 al 30— formaba lo que se podría considerar un estado tapón». De igual forma, las mujeres de los pisos inferiores desean matar a las más jóvenes que conviven con los hombres más ricos del edificio, que se reservaron los pisos superiores. Todo el mundo se ha vuelto caprichoso y susceptible, todo el mundo se ha infantilizado, y parece que la vida cotidiana se ha convertido en un campamento escolar: «Por primera vez, no era necesario reprimir las conductas antisociales y podía expresarse cualquier tipo de impulso aberrante o antojadizo».

Como materia literaria, a Ballard le parece mucho más interesante la falta de ideales que los ideales.

*

El deseo de desastre. En *La isla de hormigón*, leemos: «Ese día, mientras aceleraba por la autopista, cansado después de

un congreso que había durado tres días, preocupado porque iba a ver a su mujer tras haber pasado una semana con Helen Fairfax, casi había provocado deliberadamente el accidente, quizá como una extraña forma de racionalización». Todos los personajes de *Milenio negro* van o vuelven de congresos. Los congresos son no lugares a los que la gente con más cultura que poder acude para aburrirse y follarse fuera de casa. Muchos personajes de Ballard desean el desastre, lo prefieren a los congresos o al sexo convencional. Quiero decir al sexo cotidiano o en la cocina o sobre la lavadora, el sexo normal, sin cubatas. O bien es que el desastre es la normalidad, o incluso otra forma de normalidad un poco más real que el simulacro habitual.

Explicaba Pío Baroja a través de uno de sus personajes que se alegraba cuando algún amigo suyo se moría, y que la muerte de los amigos le producía una extraña euforia, la alegría del que dice: «Hoy no me ha tocado a mí». «Tú estás bien. Mala suerte para Laura», dice Sally en *Milenio negro*. De manera parecida, Céline nos contaba por qué le afectó más la muerte de un perro que la muerte de su madre.

Todo parece indicar que no somos exactamente humanos. Lo que me conduce a recordar a un amigo mío filósofo, el Dr. C, que está escribiendo un libro titulado *No somos humanos*. Esta podría ser una de las claves de la obra de Ballard: nuestra sociedad es una farsa, y estando más o menos obligados a vivir, lo mejor es probar emociones fuertes en lugar de hacer ver que nos gusta nuestra rutina ordenada y previsible.

En 1987, Ballard comentó la película *¿Teléfono rojo? Volamos hacia Moscú*, de Stanley Kubrick, y lo que más le llamaba la atención de esa sátira era lo gracioso que resultaba el fin del mundo: «El golpe maestro de Kubrick consiste en desplazar la acción dramática de la película de modo que la compasión de la audiencia abandone su escala de valores y por fin coincida

con los objetos de la sátira. Llegamos a admirar los magníficos B-52 con sus bombas atómicas de formas depuradas, y a los valientes, aunque desconcertados pilotos; despreciamos al presidente blandengue por tratar de llegar a un acuerdo con el Kremlin, y casi nos alegramos cuando se produce el Armagedón nuclear». Todo lo que era gamberrismo y desenmascaramiento de la moral era bienvenido por Ballard: «Al hacer que nos coloquemos en el bando de nuestros miedos más oscuros, Kubrick expone todo el encanto siniestro y la lógica inconsciente de la muerte tecnológica».

Ballard amó toda la vida los B-52.

*

Cada vez le cuesta menos al ser humano admitir que odia la cultura y que odia la democracia, que preferiría liarse a tiros y violar y arrasar y golpear en lugar de aparentar que tiene buenos deseos y que le apetece un sistema equitativo y justo. Detestar al escritor Michel Houellebecq porque dice la verdad y es muy feo. Nos parece injusto que alguien tan feo y tan antipático diga verdades tan gordas. Ballard también las decía como un campanario, pero era mucho más discreto. Era, digámoslo por aproximación, un hombre normal nada normal.

Por todas partes hay materiales que invitan a abandonar la racionalidad, a abandonarse a las emociones. La postmodernidad es esto: un cansancio de pensar, una apetencia de extremo, de imbecilidad, de desastre nuclear o de babeo: una autoimplosión. Marina Garcés escribe sobre nuestra época calificándola de «póstuma», es decir, una era donde el tiempo resta, donde el fin es inminente porque ya se han agotado tanto los recursos del planeta como nuestra inventiva para generar relatos y alternativas. Igual que en *El mundo sumergido*.

*

Tras su accidente de coche, Maitland se sorprende de que nadie acuda en su ayuda. Después de la caída, lo primero que hace Maitland es mirar el reloj. Me viene a la mente la clásica imagen de los transeúntes apresurados que acuden a sus febriles actividades rodeando un cadáver o el cuerpo yaciente de un mendigo. Nos importan un pepino los demás excepto si los deseamos. Pero incluso el deseo de Maitland ha sido integrado, clasificado y previsto. Se tumba y se imagina en su hogar, al lado de Catherine, su esposa. Porque su amante le agobia. La aventura resulta cansina: ya no es aventura. La aventura comienza allí donde Maitland se vuelve invisible: con la ropa hecha jirones, parece un mendigo. Nadie frena para recogerlo. Ya no es nadie. Es necesario que la pelvis perfora su cadera para que empiece una aventura de verdad, para que se esfumen el confort y la rutina.

En la oficina de Maitland saben que a veces desaparece durante una semana y nadie se inquieta por su ausencia. Su mujer piensa que estará durmiendo con Helen, y Helen, su amante, piensa que Maitland estará durmiendo con su mujer, Catherine. Ya nadie ve a Maitland, su presencia solo molesta a los conductores. Maitland está completamente solo bajo un viaducto por el que pasan miles de personas a toda velocidad. La metáfora es evidente. El río, la roca. El mar, la isla. La inmensidad y el límite. Shanghái y el campo de aviación de Lunghua. Londres en el horizonte, el cielo hostil. Parménides, Heráclito, en una novela que sigue la *Poética* de Aristóteles. Que se limita a un espacio y a un tiempo. Que se ciñe para multiplicar la duración. Ciencia ficción neoclásica. Einstein, Freud y Bergson. Ciencia ficción que es realidad ficción.